

luego, los dolores hacen su aparición, y lejos de correr apenas se puede andar.

— Todo eso se lo he dicho mucha veces, Ceferina — dijo la anciana — pero nunca se siguen los consejos de la madre. Es preciso que las advertencias salgan de otra boca, más joven especialmente, y sólo entonces se comprende la razón y la verdad. A Dios gracias nuestro molinero parece dispuesto á ser razonable, y, sano y fuerte como es, no tardará en regularizar sus negocios. Dentro de poco, al molino vendrán de nuevo los antiguos parroquianos...

Jaime se puso en pie, llegó hasta la puerta, y como si hubiese oído alguna seña convenida de antemano escuchó con atención. Aspiró el aire de la noche, y volviendo junto al hogar murmuró :

— Sopla viento del norte, y esta noche en el lindero del bosque hará frío. Compadezco á lo que se apostarán allí.

Y, con mucha lentitud, se sentó junto á Ceferina.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"MARTÍN GARCÍA"  
REYES  
1625 MONTERREY, MEXICO

## VIII

Las dos acababan de dar en el campanario de San Martín, y el molino, destacándose entre las tinieblas, perfilaba su masa pesada y sombría en el claro cielo. El Verpière rodaba rápidamente por encima de la compuerta exhalando su interminable ronquido, y el campo dormía en silencio, cuando un hombre, que al parecer andaba penosamente, apareció en el prado por el otro lado del huerto. Jadeando dió la vuelta á la casa, y acercándose á una ventana llamó con suavidad. Instantes después una forma vaga apareció tras las cortinas, se abrió luego una de las hojas, y la voz de Jaime preguntó :

— ¿ Quién llama ?

— Soy yo, Bernardo. Abre pronto pues los guardas del bosque me persiguen...

— Vete á tu casa — respondió Siblot con rudeza. — Si te das prisa no te alcanzarán.

— No puedo andar : estoy herido en un muslo, pues esos bandidos han disparado... Abre Jaime ó estoy perdido.



No podré andar cien metros sin caer... sufro como un desesperado... y la pierna me duele...

Jaime soltó un terno y cerró la ventana. Bernardo creyó que su antiguo compañero le abandonaba, pero un momento después la puerta se abrió. Siblot casi desnudo ayudó al Nutria á que llegase hasta la cocina, y una vez en

ella encendió luz. Viendo al cazador furtivo pálido y descompuesto, le dijo :

— Pues la has hecho buena, ¿dónde estás herido?

Bernardo señaló su pantalón de pana agujereado y enrojecido por la sangre.

— Mira : lo menos tengo veinte perdigones en esta pierna.

— Y ¿ quién te ha soltado el tiro?

— Lorenzo; le he conocido por la voz.

— ¿ Estaba solo?

— No; Bertaux iba con él, y estaban de acuerdo con los gendarmes, pues han llegado al oír el tiro. Escóndeme, que me buscan.

— Y si te encuentran aquí...

— Pues me encontrarán... no puedo ir más lejos. ¿ Dejarías que reventasen á tu antiguo compañero á las puertas de tu casa?

— No; ven aquí.

Y sosteniéndole, le hizo subir al primer piso. Cerca del granero y bajo los sacos de trigo, una trampa levantada puso de manifiesto un escondrijo practicado entre el techo y el suelo. Jaime extendió dos haces de paja, ayudó á Bernardo á echarse, y le dijo :

— Espera, que voy á buscar agua fresca, trapos de hilo, y vinagre para que laves tus heridas, pues no podemos pensar en curarte por el momento, en cuanto amanezca iré á buscar al médico y le diré que mi madre está enferma, cuando llegue ya veremos lo que se le dice...

Momentos después volvió con lo ofrecido y trajo además una botella de vino y un vaso...

— Toma. Si te sientes débil, con esto recobrarás fuerzas.

— Gracias. Ahora acuéstate, que yo también procuraré dormir.

Jaime volvió á cerrar la trampa; colocó otra vez los sacos de trigo, y se acostó.

Apuntó el alba, blanqueando las colinas; despertó el silencio de las alquerías, cantaron los gallos, y los habitantes del molino empezaban á ponerse en movimiento cuando llamaron con violencia á la puerta, y ante la madre de Siblot, que había ido á abrir, aparecieron los gendarmes y el guardabosques de Jarcy.

— ¿Qué ocurre? — preguntó la anciana palideciendo.

— Déjenos entrar y pronto se lo diremos — respondió el brigadier. — Y es inútil que nadie intente salir pues la casa está cercada.

Al mismo tiempo un cochecillo se detuvo en el camino de San Martín y de él se apearon dos señores que, cruzando el prado, llegaron hasta la casa.

— ¡Ah! — exclamó el brigadier, — ahí están el señor procurador de la República y el señor barón de Jarcy.

— ¡Santo Dios! — murmuró una voz temblorosa, y Ceferina, que se había vestido precipitadamente, salió á aumentar el número de los personajes. La pobre joven estaba muy pálida y la emoción la hacía temblar.

— ¿Es usted la viuda Siblot? — preguntó el magistrado dirigiéndose á la anciana. — ¿Puede decirnos dónde está su hijo?

— Jaime está en casa de donde no ha salido desde anoche.

— Eso es lo que se verá luego. Si está aquí ¿por qué no se presenta?

— ¡Eh! caballero, permita siquiera que la gente despierte — dijo Jaime cruzando la cocina. — Sin que esto sea una queja, me parece que hacen sus visitas demasiado temprano. No somos perezosos ni se nos pegan las sábanas, pero si hubiesen venido un cuarto de hora más pronto, nos hubieran encontrado durmiendo.

— Basta de charla y conteste. ¿A dónde ha ido esta noche?

— A ninguna parte. Me acosté á las diez, y aquí estoy...

— No intente engañarnos. A la una estaba usted con su amigo Bernardo en el bosque de Jarcy.

Jaime, presintiendo el peligro que le amenazaba, se puso serio y acudió á todos sus recursos para defenderse.

— Yo no estaba en el bosque de Jarcy puesto que estaba en mi casa. Además, ¿quién me vió?

— Lorenzo, el guarda, le ha reconocido al fogonazo de los tiros, cuando su compañero Bertaud ha sido muerto.

— ¿Han matado á Bertaud? — exclamó Jaime palideciendo. — Señor procurador de la República, tenga cuidado con lo que dice pues casi me trata de asesino.

Su indignación y la firmeza de la repuesta impresionaron á los presentes. El magistrado le indicó que se calmase, y agregó:

— Lorenzo, el guarda, no pretende que quien ha desaparecido fuese usted. Dice únicamente que usted estaba con el culpable, y eso haría pesar sobre usted cargos de complicidad muy graves...

— Pero, caballero, yo le juro que esta noche no ha salido del molino — exclamó la madre de Siblot, — y Ceferina puede dar fe de mis palabras.

— ¡ Es cierto ! ¡ Si es preciso, así lo haré !

Al oír estas palabras el barón de Jarcy se ajustó el monóculo y miró á la joven haciendo un gesto de aprobación.

— ¡ Un poco de silencio si pueden ! — repuso el procurador de la República. Tenemos motivos fundados para creer que no sólo Jaime Siblot se encontraba en el bosque de Jarcy cuando el crimen se ha cometido, sino para estar casi seguros, que ha ayudado á su compañero, herido por el guarda Lorenzo, á llegar hasta el molino donde parece probable que le ha escondido. Hemos encontrado las huellas del asesino hasta la orilla del Verpière, pues su pierna izquierda sangraba. Difícilmente ha pasado el puente de la compuerta y ha entrado en el cercado... y ha estado en esta cocina. En el suelo hay gotas de sangre.

Profundo estupor impuso silencio á los presentes. La madre de Siblot y Ceferina se habían juntado y miraban las manchitas rojas que llegaban hasta la escalera, mientras Jaime, con el entrecejo fruncido, esperaba. El procurador de la República hizo un movimiento.

— Registrad el primer piso, — dijo.

Las pesadas botas de los gendarmes hicieron crugir la escalera, se oyó el ruido que hacían registrando entre los sacos, buscando por el molino, y segundos después una



— Vamos, Bernardo. Usted sabe perfectísimamente que Jaime estaba en el molino esta noche (pág. 284).

exclamación vino á confundirse con una retahila de juramentos.

— ¡Ah! ¡Ah! — dijo el magistrado; — parece que no hemos equivocado la pista.

Bernardo, arrastrando penosamente la pierna herida, apareció en lo alto de la escalera. El brigadier le cogía por el cuello de la blusa, y el rostro del matutero expresaba á la vez la cólera y la inquietud. Se volvió hacia el barón de Jarco, y le miró con insolencia.

— Pues no hace pocas historias por un cervato. ¡Y eso que ya no imperan los tiranos! No parece sino que los guardas todavía pueden asesinar á los infelices...

— ¡Bribón! exclamó el propietario. — Tú eres quien ha matado al guarda... y por la espalda, como un cobarde.

— ¿ Cree usted que yo hacía cara al que me ha puesto como estoy? — replicó El Nutria con siniestra entonación. — ¡Ah! si no tuviese... pero, basta; ya hablaré cuando esté con mi abogado, que ahora no necesito explicar nada.

Y volviéndose hacia Jaime agregó.

— Mi pobre Jaime, ahí tienes una contrariedad con la que no contábamos, pero si el oficio no tuviese riesgos sería demasiado bonito...

— ¿ De manera — preguntó el magistrado — que era Siblot quien estaba con usted en Jarco?

Bernardo calló, pero su cara y sus gestos equivalían á una afirmación: Jaime se estremeció, y la sangre se le subió á la cara.

— ¿No contestas Bernardo? ¿Callas, cuando una palabra tuya puede demostrar mi inocencia?

El cazador furtivo bajó la cabeza con obstinación y aspereza, pero no despegó los labios.

— ¡Cómo! ¡Y te niegas á hablar! Tú, que sabes que no fuí contigo, que no quise ir...

Los párpados de Bernardo se bajaron, y su mirada falsa y su sonrisa irónica respondieron claramente: «Tanto peor para ti; no quisiste acompañarme y ahora te castigo.»

— Veamos Bernardo, eso no es posible — balbució el molinero. — ¿Permitirás que me acusen? Vamos, por matutero y cazador furtivo que seas, tienes conciencia... Bernardo... Lo que haces es horrible...

La voz se ahogó en su garganta, las lágrimas corrieron por sus mejillas, y se puso á sollozar como un niño. La madre, fuera de sí, se precipitó hacia el lugar donde estaba su hijo y se abrazó á él como si así le defendiese.

Y la única que conservó la serenidad fué Cefirina: se acercó al herido, y mirándole fijamente á los ojos, le dijo:

— Vamos, Bernardo. Usted sabe perfectísimamente que Jaime estaba en el molino esta noche puesto que ha venido á pedirle asilo... Yo he oído cómo abría y cómo le ayudaba á subir al granero. Hubiera podido dejarle en el camino, y usted le recompensa así que le haya acogido...

El cazador furtivo dejó escapar un gruñido sordo

pero no contestó, y Cefirina, sin desanmiarse, repuso:

— ¿Qué adelantará comprometiéndole con usted? Más pronto ó más tarde se sabrá la verdad, y preferible es que la diga en seguida. ¿Acaso me sacó del Verpière para que hoy forme un mal concepto de usted? ¿Quiere que le desprecie por embustero? Vamos, Bernardo, vamos; se puede procurar hacer daño á un hombre, pero torturar á una mujer es propio de cobardes... Fijese en la madre de Siblot... Lloro, y yo misma le suplico que no comprometa al que con usted me salvó...

El rostro del Nutria se contrajo; pareció que respiraba difícilmente, y sus manos se agitaron. De sus labios se escapó largo silbido, y dijo:

— ¡Cuando las malditas mujeres la emprenden con uno, no hay medio de defenderse!

Y levantando la cabeza, añadió:

— Vamos tranquilícese. No, Jaime no estaba conmigo en el bosque de Jarcy. ¡Lorenzo se ha equivocado! El que conmigo estaba es un cobarde que ha huido abandonándose al ver que había despachado á Bertaud. Pero le he matado en legítima defensa, pues los guardes han tirado los primeros. Bertaud había dicho que me mataría, y yo no tenía el menor deseo de que ese bárbaro me metiese una bala en el cuerpo.

El procurador de la República interrumpió al cazador furtivo diciendo:

— Si no era Siblot quien estaba en el bosque ¿quién era?

— No me pregunten tanto, que ustedes tienen que buscarle. El dinero que les da el gobierno tienen que ganarlo haciendo algo. En cuanto á ti, pedazo de astial — dijo, encarándose con el brigadier que se le acercaba — si no hubiese tenido plomo en un remo, no me hubieras alcanzado con esas botas. Dame una silla, viejo gordo, que de pie sufro como condenado.

Gruesas gotas de sudor rodaban por su frente, la fiebre le hacía temblar, y estuvo á punto de desmayarse.

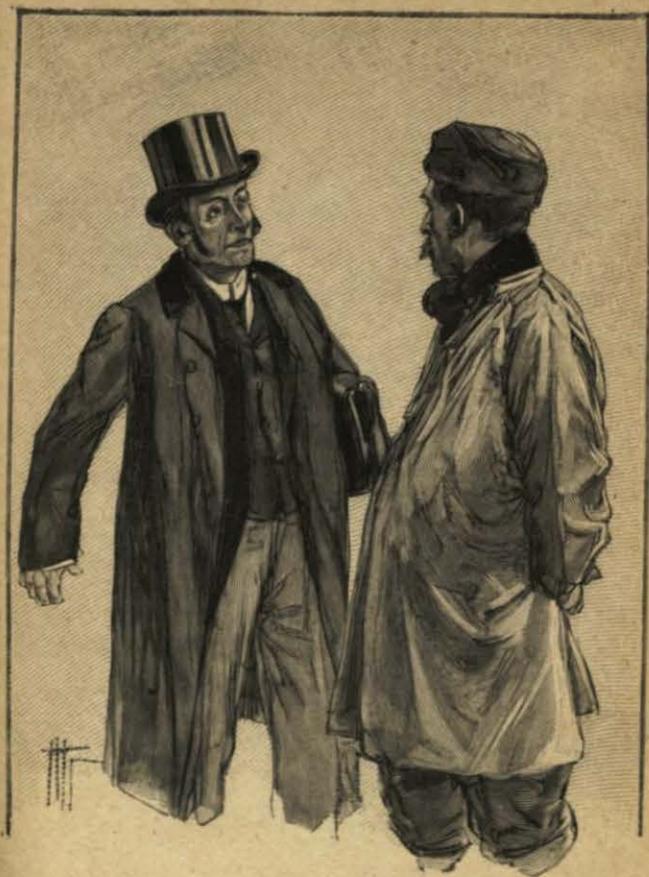
El barón de Jarcy se acercó al procurador de la República, y le dijo con solemnidad :

— Si no era Siblot quien estaba esta noche en el bosque, no puede ser nadie más que un cazador de Vieux-Moulin que se llama Chapelot.

— Bien, bien, señor barón — le interrumpió el magistrado, descontento de que se metiese en terreno judicial. — El juez de instrucción sabrá encontrar al que fuese, no lo dude... Lo importante era apoderarse de Bernardo, y ya que le tenemos, lo demás vendrá á su tiempo... Pero el doctor Michón se retrasa mucho... y creo que el examen que tenía que hacer del desgraciado Bertaud no exigía tanto tiempo...

En aquel mismo instante el juez de instrucción, acompañado del escribano y del médico de la ciudad, cruzaba el prado. Con fría gravedad llegó hasta donde estaba el procurador, y mirando al Nutria, dijo á su compañero :

— Ese hombre está herido; trabajo para usted, doctor :



— Si sigue así, verán como no tardo en ser su cómplice, exclamó el médico con indignación (pág. 289).

— Más agradable que el de hace un momento — contestó el médico entre dientes. — Bien, Bernardo, bien; has hecho un buen negocio, y aviado estás...

— Qué quiere usted, doctor Michón, — replicó el cazador furtivo — qué quiere usted, yo no podía hacerle comer los faisanas y las liebres del barón sin ir á buscarlas al bosque...

— Pero ¿qué estás diciendo, animal? protestó el médico, — ¿Acaso yo conocía la procedencia de la caza que me vendías?

— Ya lo creo que lo sabía usted; pero los señores de la ciudad son todos iguales, y mientras la tripa se llené todo va bien. Lo demás les importa poco. Si no hubiese glotones como usted, doctor, para comprar caza en tiempo prohibido, no habría cazadores furtivos como yo para ir á buscarla.

— Si sigue así, verán cómo no tardo en ser su cómplice, — exclamó el médico con indignación. — Ni usted señor barón, ni usted señor procurador de la República, crean una palabra de cuanto dice ese granuja.

— Yo sé, caballero — dijo el barón con rabia — que no son los principios lo que más pesan en usted, y que, para un demócrata de su casta, la caza de las grandes propiedades tendría que ponerse á la disposición de los cazadores furtivos que votan, ó lo que es lo mismo, vender licencias á seis reales, y libre circulación para todo el mundo. He ahí á dónde llevan esas teorías: al asesinato de los guardas y á la ma-

tanza de los cazadores furtivos. ¡ Mis felicitaciones !

— Es muy cierto caballero — replicó el doctor enfurecido — que me parece mucho más digno de interés que se defienda al pobre labrador contra los estragos de la caza de los ricos propietarios, que perseguir á los pobres infelices que cazan sin permiso; *res nullius*, y en consecuencia, tanto derecho tiene usted como los que la persiguen.

— ¿ En mi casa? ¿ En mis tierras? ¿ Se ha vuelto loco? Se conoce, señor doctor, que mis faisanes le han producido una indigestión intelectual.

— Caballeros — dijo el procurador interrumpiéndoles con autoritaria entonación — he ahí una discusión que no esperaba. ¿ Por qué no hablan de lo que nos interesa sin llegar á los ataques personales? En este sitio y en estas circunstancias, sus palabras no pueden ser más inconvenientes de lo que son.

— ¡ Muy bien! — exclamó irónicamente Bernardo — mis jueces y mis acusadores se pelean. Para ir en contra mía todos estaban de acuerdo, pero en cuanto se ha tratado de sus intereses particulares, se han dividido. Vamos, está visto : los burgueses y los patronos se comerán entre ellos, y el pueblo infeliz contemplará riendo el espectáculo.

— ¡ Que se lleven al detenido! — ordenó el juez para acabar la discusión.

Y los gendarmes sostuvieron á Bernardo, mientras el barón de Jarcey y el doctor Michón cambiaban mira-

das hostiles, y por lo bajo se llamaban jesuíta y anarquista. Al llegar á la puerta del molino, El Nutria se detuvo, y fijando en Siblot una mirada cariñosa, le dijo :

— Sólo te pido una cosa, Jaime, en recompensa de haberte evitado un viaje á la cárcel: que no abandones á mi perro. El pobre, siguiendo mis órdenes se fué á casa... y allí me espera. Ve á buscarle y tenle á tu lado. Es un amigo que sabes lo mucho que vale, y te lo recomiendo.

Y al hablar de su perro, aquel hombre que acababa de matar á un semejante suyo y que había estado á punto de comprometer á su compañero, tenía temblorosos los labios y húmeda la mirada.

— Cuenta conmigo, Bernardo — respondió Jaime. — El perro vivirá con nosotros, y cuando vuelvas le encontrarás en esta casa.

— Perfectamente; gracias y adiós.

Desapareció, y tras él, y sin decir palabra, los magistrados, el médico y el propietario, cruzaron el prado.

— ¡ Alabado sea Dios! — exclamó Jaime al verse solo en su casa con su madre y Ceferina. — Todavía no estoy tranquilo... ¡ Pues poco miedo he tenido al ver á esos hombres que representan la justicia! Antes que exponerme á semejante cosa preferiría no salir del molino en toda mi vida.

— ¡ Excelente resolución! — dijo Ceferina sonriendo. — Vea, Jaime, lo caras que pueden costar las malas compañías. Se sospecha fácilmente, y acusar cuesta muy poco.

— Pero ¡qué bien me ha defendido usted, Ceferina! — exclamó Jaime estrechando con efusión las manos de la joven. — Madre, ¿te has fijado en la manera como ha logrado convencer á Bernardo? Al oirla se ha quedado sin resuello, ni más ni menos que si el mismo señor cura le hubiese dirigido la palabra.

— Tu ves, hijo mío, es una muchacha honrada — contestó con gravedad la madre de Siblot, — y las palabras de la honradez siempre se escuchan. Ha conseguido que te quedes entre nosotras, y, logrando que no salieses ayer noche, evitó que corrieses grandes peligros. Tú le salvaste la vida, pero el favor que te ha hecho es mucho mayor, pues no se trataba sólo de ti, hijo mío, sino de mí también, que no hubiera sobrevido á tu desgracia.

— Vamos, vamos, — replicó Ceferina, — lo que he hecho no es gran cosa, y ahora que Jaime no corre ningún riesgo no debemos dormirnos con la alegría. Trabajemos.

Y, momentos después, la rueda del molino empezó á girar impulsada por la corriente del Verpière.

## X

Llegó el mes de mayo, y bajo el cielo azul los manzanos del huerto se cubrieron de rosadas flores. La vieja Balora, que no había tardado en encontrar á Ceferina en el molino, empujó la valla y entró, pues todos los sábados, según costumbre, iba á buscar las provisiones que la joven le guardaba durante la semana. El perro de Bernardo se lanzó hacia ella con el pelo erizado y ladrando furiosamente, pero luego se calmó y corrió al lado de Ceferina que tendía la ropa de la colada.

— ¡Qué es eso! ¿Quieres comerte á la pobre Balora? — dijo al perro que se había tendido en la hierba.

— No, hija mía, no; me conoce bien, pero le gusta jugar á su manera. Demasiado sabe que se rompería los colmillos con los huesos de mis viejas piernas que ya son duros... Conste que no lo digo por adulación, pero está más gordo que cuando corría con su amo noche y día por los bosques... El mes próximo, el pobre